

MANILA ALEGRE

DIRECTOR: P. GROIZARD

NUESTROS MATANDÁS:
D. FRANCISCO DE TORRONTÉGUI



Dicen de todo el que llega
que lo primero que aprende
es á decir tres palabras:
tubig, tabe y Torrontegui.

Ayuntamiento de Madrid

VIVA EL REY DE ESPAÑA!

SUMARIO:

GRABADOS: Nuestros *matandás* D. FRANCISCO TORRONTÉGUI, por Arístegui;—Actualidades;—Curiosidad, por Villar.
 TEXTO: MANILILLA, por Manolé;—NO HAGA USTÉ CASO, por X. Ximenez;—LAS PASTELADAS, por César;—POR AMOR DE DIOS, por Ese;—MOSQUITOS, por Nemo;—A LOS OJOS DE P...,—UN PERSONAJE, por P. G.;—POR VIDA DE..., por P. Groizárd;—POT-POURRI;—ANUNCIOS.

MANILILLA

Amigo señor Director: ¡Qué compromiso es tener que ponerme en lugar de Doña Facunda para hacer la revista de Manila en las actuales circunstancias!..

Porque lo que yo digo:—El día menos pensado me arman un lío como el que armaron a «Elvirita» y, por mor de no salirme de madre, me hago el atragantado y hay otro entierro, (me parece).

En fin como hijo de la calle del Salitre, donde todas son personas de gracia particular, y porque no se diga me apuro por cosas de poca monta, ahí va eso y que la virgen en la Paloma me ampare si es que pongo alguna barbaridad.

Mis aficiones, que son «fisnas» y «entrefisnas», me llevaron con gusto a la casa que los barbianes Llanos y Pericás han montado en la plaza de Sta. Cruz.

Era la primera función de concierto por ambos sexos extranjeros, y cuando entré en el salón ya no había donde «ensillarse», como no se pusiera uno en el tablado o sobre la cabeza de los mozos destinados al servicio público y privado de la concurrencia.

Por el aspecto de la cosa creí se nos iban a salir todos los señores profesores y profesoras por cante hondo o superficial, pues el tablado es más para tocarse y bailarse unas peteneras y un jaleo que para ejecutar una obertura de ópera; pero nos soltaron la obertura y por mi parte me pareció de mistó.

Aplaudimos a rabiar, más por consecuencia que por méritos contraidos o encogidos, y allí siguieron hasta hora avanzada de la noche, en que concluyó el concierto.

Yo no soy delicado de estómago, pero ¡chipé! me calé al momento que la cosa era para algo más que lo ordinario, por lo cual solté mi misiva correspondiente al Directori para declararme decidido protector de los artistas.

¡A cualquiera le sucede una desgracia!.. Y me pasó la más triste que podía sucederme, esto es, que mi pretensión fué echada en saco roto, porque,—como dijeron—Llanos y Pericás les protegen todo lo protejible y para nada necesitan la ayuda de los que hacemos público.

He tenido pensamientos de armar un cisco de padre y muy señor mío, mas he pensado que cuando las cosas se presentan así, así deben tomarse, y me he contentado con el olor, pues para querer más, hay que ser «caballo blanco» y yo, primero soy ás que bestia de carga, aunque la carga tenga fisonosuyas detestables.

Por eso, digo de los conciertos que todo es bueno, que todo es muy rebonito, que todos tocan muy bien.

Las profesoras tocan violines, violoncellos y flautas, sin contar el bombó y platillos que una madama maneja a la perfección; los profesores tocan tambien varios instrumentos de cuerda y aire con mucha maestría y hasta me parece que la empresa toma parte en las sinfonías.

Son apreciaciones y puedo haberme equivocado, mas en lo que no me equivoco es en el final que se prepara.

Porque eso vá á acabar como yo me sé y ustedes adinvinan.

Y vá de conciertos.

Por poco dinero, pues me las arreglé con una butaca, fuí, al que dieron los señores Coppa, que me gustó mucho.

Lo que no me gustó fué ver tan poca jente; lo cual no es de estrañar considerando, estaría la que faltaba consumiendo cerveza delante de las nuevas huris musicales.

En fin, señores Coppa, no se desanimen Vdes. y á otro; que yo les prometo se verá más concurrido.

Como no entiendo de música, nada digo de los números

del programa, pero ya aprenderé para otra revista en que tenga que hablar de algún concierto.

Se anuncian muchas fiestas con motivo del fausto suceso que hoy nos llena de alegría á todos los Españoles.

Como escribo estos cortos renglones en sábado, porque el lunes sale el «Manila Alegre» y el domingo se destina para los dibujos,—con lo cual quiero decir que saldrá el periódico ilustrado, con las fiestas y la revista sin ellas,—hago punto, alegrándome mucho de que esto concluya.

Porque ya me voy cansando de escribir.
 Para que ustedes lo sepan.

MANOLÉ

NO HAGA USTÉ CASO

Es una cosa
 que me dá grima.
 ¡Cómo se inventa!
 ¡Cómo se afirma!..
 Yo nunca he oido
 tantas mentiras
 cuál las que corren
 hoy por Manilal..
 Aquellos versos
 en que decía
 á una pretencio-
 sa señorita,
 que no era guapa,
 que no era rica,
 en fin, que nada
 bueno tenía,
 con gran cinismo
 ya los aplican
 á várias jóvenes
 muy rebonitas
 á quienes nada
 pensé decirlas.
 Tanto lo siento
 que... lloraría
 si con mi llanto
 se rehabilitan!

Lo que más pena
 me da, y más ira
 es que con una
 gran injusticia,
 lo por mi dicho
 por ahí se diga
 como aplicado
 a una lindísima
 joven, que tiene
 mis simpatías.
 No haga usted caso!
 ¡no, señorita!
 Eso, lo inventan
 sus enemigas..
 Si usted es guapa,
 si usted es lista,
 si usted es bella
 si usted es monísima,
 y como muchas
 tienen envidia
 de sus encantos,
 las remalditas,
 de usted han dicho
 lo que decía
 yo de una joven
 que hay en Manila,
 mas... de una joven
 desconocida,
 del bajo mundo,
 de percalina,
 muy *cursilona*,
 en fin, *plebísima*.

¡Yo que pensaba
 llegára un día
 en que pudiera
 verla y decirla
 tengo su hermosa
 fisonomía
 dentro del alma
 repintadita!..
 ¡Yo que la admiro
 lleno de dicha
 diciendo siempre:
 —¡Dios, qué bonita!
 qué feliz fuera
 si fuera mía!..
 ¡Yo que he soñado
 tener cerquita
 su hermosa cara
 de picarilla.....
 ver en sus ojos
 de mis pupilas
 rayos de amores
 que á ellos irían
 diciendo cuanto
 se la quería...
 sentir su aliento
 de flor purísima
 y respirarle
 con ansia viva
 como un ahogado
 que al fin respira...
 No haga usted caso,
 no, señorita!
 Mande á paseo
 sus enemigas,
 riase de ellas
 —¡Tontuelas!—dígalas,
 y no me tenga
 por Dios, inquina
 si es que las jentes
 por ahí afirman
 que á usted mis versos
 se dirigan.

Cuando me encuentre,
 si usted me mira,
 verá en mis ojos
 ansia infinita
 y entre mis labios
 dulces sonrisas;..
 Es que amorosa
 mi alma se agita
 y asoma al rostro
 diciendo:—Niña,
 no seas ingrata...
 ¡Dios!.. qué bonita...
 qué feliz fuera
 si fueras mía!..
 —

(Está, señores,
atróz Manila;
cómo se inventa,
cómo se afirma,
cuanto descaro,
cuanta perfidia.
Mientras el hábito

no se corrija
de hablar en tonto,
—no se me rían—
no habrá quien hable
ni quien escriba...
¡Es una cosa
que me dá grimal)

XIMENO XIMENEZ.

LAS PASTELADAS

Están á la órden del día, y desde los artículos que se «empastelan» á los «pasteles micro, científicos» y «macro-literarios» todo se vuelven pasteles.

Niña conozco yo, que teniendo por cara un «ojaldre» se cree encarnación de la Venus de Milo; y de algún pollo sé que, llevando por cabeza un «bartolillo», pretende flechar á cuantas le miran.

Esto no tiene nada de particular, pues estamos en la tierra de los pasteleros.

El otro día caminaba yo pensando en estas y otras cosas, cuando llamó mi atención, una multitud compacta que se agrupaba ante el cristal de un escaparate. Tal era el número de cabezas, que al principio no pude ver gran cosa, más después logré hacerme pasó entre la muchedumbre y alcanzar una de las primeras filas:

Y lo que ví ¡vive Dios!
Que era digno de admirar:
Ví... un magnífico pastel
Bajo relímpio fanal.

En el interior del establecimiento los pinches y cocineros no se daban punto de reposo: iban, venían, cruzaban cargados de fuentes y bandejas, mientras una comisión de «reposteros» parecía disponerse á dar su voto particularísimo sobre aquella obra maestra. Los artífices se frotaban las manos de gusto y daban noticias y detalles á todos los gacetilleros que encontraban al alcance de su voz ¡El golpe iba á ser descomunal! Se trataba de dejar oscurecido y eclipsado al mismísimo «Lhardy», ese célebre pastelero que inmortalizó su nombre en la carrera de San Jerónimo, trufando pavos y haciendo pastelillos de fresa.

Por fuera, el pueblo se deshacía en elogios: estaba deslumbrado. Y la verdad es que el espectáculo, dispuesto con cierto arte y galanura, predisponía en su favor. Al menos glotón se le habría un apetito carino si contemplaba aquel enorme bizcocho de tersa y reluciente cortecilla, regulares contornos y orlado acá y allá por albas manchas de «chantilly» ó rubias guedejas de huevos-hilados.

Desde los balcones y ventanas de las casas próximas miraban con gemelos y telescopios al «meteorito» deslumbrador. Hubo quien le tomó por una «nebulosa» y quien aseguraba que era un simple «satélite» de algún pastel monstruo, ahora en vías de formación.

Y mientras tanto, ya los del blanco gorro y mandil, escudriñaban, aplicando el ojo á un tubito, la superficie del hermoso ejemplar. Hasta mí llegaron algunas palabras perdidas y por ellas vine en conocimiento de que el relleno se componía de «míco-dermas, sardinas, cocos y cocotales». Pero la verdad, yo nunca me tragué tales belenes.

La buena nueva cundió de boca en boca y pronto aparecieron las esquinas cubiertas de polícromos carteles, donde se anunciaba con pomposos títulos la última confección.

Pero ¡oh, fragilidad de las cosas humanas! Cuando todo el mundo tenía convertidos los ojos hácia el pastelón, se acercó por allí un hombre acompañado de «una turca» y sin encomendarse á Dios ni al diablo, arboló enorme garrote que en la diestra mano empuñaba, y ¡zás!... el vidrio del escaparate saltó reducido á mil fragmentos, el fanal trocado en cristalino polvo se depositó como menuda escarcha, tapizando la superficie del pastel, mientras que éste, hendido por su parte média, presentaba una deforme y horrible abertura por la que se escapó lanzando aullidos de dolor un perro cuya pata izquierda aparecía acribillada á alfilerazos.

La jente abrió paso al can,
El de la «turca» lanzó
Destemplada carcajada,
Y allí sereno quedó.

Pero los del interior de la pastelería, como era natural, no se conformaron con aquel desastre y pretendieron moler á palos al individuo del garrote, quien como no era manco devolvía trancazo por trancazo. Pero lo más gra-

cioso del caso, fué, que los contendientes apenas si lograbán rozarse la epidermis, mientras que sobre el infortunado pastel caía como copiosa lluvia la série de estacazos, deformándole completamente y poniendo á la vista del público su dichoso contenido, que no era otro, que una manada de gatos y perritos más ó menos rabiosos.

El zipi-zape que se armó fué tan ruidoso que el pastelero según he oído decir renunció por completo á los gajes de su oficio y creyendo que el de cochero sería más productivo, anda por ahí encaramado en los pescantes.

Apesar de todo, si yo le conociera, le recomendaría tornase á su primitiva ocupación por ser ménos espuesta á tropezones.

«Que el amasar pasteles
No quiere «Cencia»;
Sino «jueisa» en los puños
Y «perseverencia.»

CÉSAR.

POR AMOR DE DIOS...

Vecino, usted que es tan fino,
tan correcto y tan cortés,
¡por Dios, vecino!, usted que es
mi predilecto vecino,

¿Y cuando canta?... ¡qué horror!..
¡qué timbre más infernal!
Si tocando lo hace mal
cantando ¡lo hace peor!...

Hágame usted la bondad
de dar á su niña un palo
porque es ¡ay! de lo más malo
de toda la vecindad.

Lo que es quien la haya engañado
no sé lo que se merece,
porque solfea y parece
un faldero acatarrado.

Tiene un piano de Montano
como no se ha conocido,
y, además, tiene un oído
¡mucho peor que el piano!

Ponga usted coto, vecino;
porque la jente supone
que vá á conseguir que tome
tírria á un arte tan divino!...

¡Qué martirio!... Apenas sale
el sol en el firmamento
y ya está en el instrumento
su niña, dale que dale!...

Si usted protege ese afán
llévesela al extranjero...
Si yo tuviera dinero
la mandaría á Milán.

Le juro á usted que no ví
constancia más inhumana
¡Se está toda la mañana
dó, ré, mí, fá, sól, lá, sí.

Pero ya que es imposible
esto, por mi mala estrella,
para librarme yo de ella
¡tendré que hacer algo horrible!

sí, lá, sól, fá, mí, ré, dó!..
¡Y luego vuelve á empezar!..
¡Es capaz de hacerse odier
de otro más jóven que yo!...

Y una mañana, no miro
si hago cosa mala ó buena,
y ¡aunque arrastre una cadena
la voy á pegar un tiro!

Diera yo por bien del arte
hasta un ojo de la cara,
sólo porque se marchára
con la música á otra parte.

Por eso usted que es tan fino,
para evitarnos dolor,
¡hágame usted el favor
de irse á otra parte, vecino!

ESE.

MOSQUITOS

Hay quien prefiere un toro de Miura á un mosquito. No he visto animales más insolentes que esos pequeños «lanceros» que anuncian su llegada con un toque de corneta, precursor de una estocada por todo lo alto. Parece que están esperando la ocasión.

Se encuentra una persona, ó dos, debajo del mosquito, dispuesta á gozar de las delicias del sueño, y ya tiene alrededor una sinfonía capaz de desvelar al más tronco de los durmientes.

Entonces se entabla una verdadera lucha entre el mosquito y el desvelado, de la cual ¡oh poder humano!, suele salir victorioso el animal más pequeño.

Conozco un señor nervioso que cuando siente un mosquito no para hasta darle caza.

Empieza por palmotear inutilmente y termina á bofetada limpia.

Su consorte, mujer acostumbrada á toda clase de picotazos, es la que con más frecuencia sufre los efectos neurálgicos de su marido.

—Espera, espera—dice éste—que tienes un mosquito en la cara (ó en otra parte si el bicho está donde no debe.)

Y ¡zás! descarga una tremenda palmada.

Acontece con frecuencia que el mosquito se escapa,

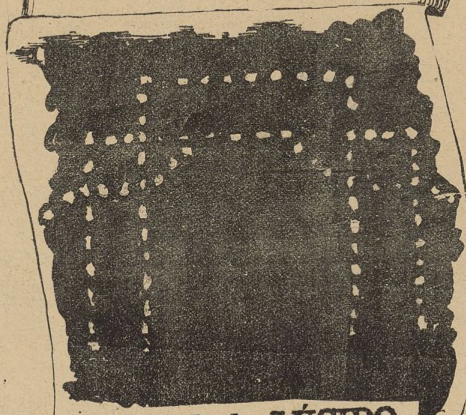
DIVERSIONES



Por todo lo fino



Por todo lo ruidoso



Por todo lo LÚCIDO



—Le digo á V. no he conseguido ni una barrera
—A mi no me da ni un toril
—¿A quien han los billetes?
—Eso es lo que pregunto.



Por todo lo TIFFIN



Por todo lo bajo



Por todo lo alto



Por todo lo sublime

Ayuntamiento de Madrid

en vez de una roncha, resulta con un

individuos, rayanos con la clase de postes, á quienes en tanto efecto los mosquitos como los partes de la China que publican los periódicos de aquí. En esos se ceban los animaluchos que es un gusto y se dan cada banquete, que ni en el Suizo.

Al amanecer se miran al espejo y se desconocen. Sus caras parecen mapas de relieve, con toda clase de sistemas de cordilleras.

Cuentan que un escritor semanal inofensivo, no tiene miedo á los mosquitos.

Unos atribuyen este hecho á las analogías que existen entre el escritor y los trompeteros; pero los más creen que no los teme porque sabe que el mosquito que le pica muere en el acto, y sirve de escarmiento.

¡Cómo tendrá la sangre ese caballero!

Además es cuestión de epidérmis.

Refieren de doña Pepa, que antes de acostarse hace girar á su maridito, que es un pobre viejo, una revista de inspección alrededor del mosquitero.

De estas cacerías nocturnas suelen quedar ensangrentadas las manos del inocente esposo.

Cuando algún mosquito se escapa de las iras de la familia y se presenta luego cantando un aria, doña Pepa la emprende con el marido, que se vé obligado á hacer imposibles por complacer á su esposa, por cualquier medio.

Y doña Pepa tiene mucho miedo á esos animalitos, pues refiere, que su cutis es tan delicado que una vez que le picó un mosquito la hizo una roncha descomunal que le duró algunos meses.

Su viejo esposo la intenta convencer de que eso pasaba en otros tiempos, y de que ya los mosquitos no son tan terribles.

De entre todos los hombres que conozco, el que más teme á los mosquitos es un oficial de la española infantería.

Ese para ir á la cama se prepara como si se dispusiera á tomar parte en un asalto.

¡Duerme con los guantes y la careta que se usan para tirar al floretel

NEMO.

Á LOS OJOS DE P....

Dan tus ojos, rubita,	¿Quién fijamente
Que son tan bellos	Mira al sol cara á cara
A los cielos envidia	Sin que no ciegue?
Y al sol dan celos;	—
Que tu miradas	Aunque ciego me tornes
Es que el cielo más puras	Mírame niña,
Que el sol más clara.	Que si tus ojos matan
—	Tambien dan vida
El que intenta mirarlos	Dichosa el alma
Ciego se quedai	Que en su fuego, bien mío
Que la luz que despiden	Muera abrasada.
Abrasa y quema.	

CÉSAR.

UN PERSONAJE

I

Si oyérais lamentos á vuestro lado y quejas de la perfidia y maldad de los usureros, contad á las víctimas de su rapacidad esta historia:

Eduardo es un joven de elegante aspecto y simpática presencia.

Todo su barrio le conoce.

—Adios, D. Eduardo—le dice el sastre.

—Buenos dias—el zapatero.

—Que se mantenga V. bueno—le repite á cada paso su casero.

—¿Está V. bien, D. Eduardo?—le pregunta el dueño de una tienda de comestibles.

Y, sin embargo, el joven debe á todos; al tendero, al dueño de la casa, al fabricante de botas y al sastre.

Estos acreedores se han convencido de que todas las clases de amenazas no bastan para que Eduardo les pague las cuentas. No le llevan á los tribunales porque Eduardo no tiene nada que perder, y ellos, en cambio, bien pudieran dejar algunos duros entre las manos de la justicia.

II

Eduardo, un día, reunió á todos los «ingleses» en la casa que habitaba sin pagar.

El dueño de ella fué el primero que tomó la palabra en aquella «respetable» asamblea.

—Señores:—dijo—yo, por mi parte, declaro que ya estoy cansado de esperar á que D. Eduardo satisfaga sus deudas. Ya no tengo ni la esperanza de cobrar de él un cuarto.

—Lo mismo digo—gritó el tendero.

—Digo lo propio—aulló el sastre.

—Soy del parecer de VV.—añadió el zapatero.

Todos, en fin, decidieron no aguantar más tiempo la insolencia ó la pobreza del joven bohemio.

Pero éste no se inmutó ante tan fatal resolución. Dirigió á sus «verdugos» una triste mirada, y pausadamente abrió el cajon de «su» mesa de despacho.

—Ya aseguré yo que nos pagaría,—pensó el casero, creyendo al deudor universal dispuesto á cumplir de una vez sus compromisos.

Pero Eduardo sacó del cajon un revolver.

—¡Asesinol!...—gritó el tendero.

Todos retrocedieron espantados.

—No, señores; no puedo continuar por más tiempo sufriendo las miserias de la vida. Vosotros teneis razon. Me pedís unos miserables puñados de dinero que debo á VV., y no puedo ménos de portarme como hombre honrado y decente.

Montó el gatillo del revolver, y el ruido que esta operación produjo fué el único que se percibió en la habitación, pues el pavor había enmudecido á todos.

Pasaron cinco minutos fatales.

Eduardo, sin embargo, no disparaba....

—Señores, señores,—dijo el zapatero, pálido como la muerte—esto tiene fácil arreglo..... ¡No es para tantol... Esto puede arreglarse.

—Sí que se puede arreglar.

—Creo lo mismo.

—¿Quién lo duda?

—No, señores, yo no puedo vivir ni un momento más.

—Yo, por mi parte, aguardaré muchos momentos.

—Yo tambien—añadió el dueño de la tienda de comestibles.

—Por mí, no se dé V. prisa—repuso el sastre.

—Yo puedo esperar—dijo el zapatero.

—¡Oh! gracias, señores míos; VV. son muy buenos, pero hoy no me he desayunado, y no tengo un real para comer mañana. Esta vida de sufrimiento no puede continuar.

—¡Pobrecillo!—murmuraron los acreedores.

Aquellos buenos hombres cayeron en las redes tendidas por Eduardo, y no sólo se resignaron á esperar más tiempo, sino que acordaron pasarle cada uno una peseta diaria para su sostenimiento, con la condicion que el día que Eduardo pudiera, porque era un muchacho que prometía mucho, había de reintegrarles las deudas pasadas y las que nuevamente contraía, añadiendo un pequeño interés.

III

Eduardo cayó enfermo.

El sastre dijo al zapatero:

—¡Que se nos muere Eduardo! ¡Que vamos á perder todo lo que nos debel

Y su cara hubiera podido servir de imagen de la angustia.

—Es menester cuidarle—repuso el fabricante de botas.

Todos los acreedores reunidos decidieron llamar á dos médicos y comprar todas las medicinas que ellos recetaran.

—¡Ay, señor! si se nos muriera, perderíamos todo.

—¡Lo perderíamos!

—¡Es preciso que no se mueral

—Sí, señor, vivirá.

Eduardo, durante su enfermedad, estuvo cuidado con esmero, y nada le hizo falta, excepto la salud.

Restablecido ya completamente de su dolencia, convocó en su casa, de nuevo, á todos sus acreedores.

Éstos tomaron alguna fatal decision por parte de Eduardo.

El joven les dijo:

—Vosotros deseais que os pague lo que os debo, y yo tengo un gran placer viendo cercano el día en que habeis de recibir la recompensa de lo que por mí hicisteis.

Todos se llenaron de júbilo y contento.

—¿Quereis que os pague?—continuó Eduardo;—pues en vosotros consiste. Dentro de poco habrá elecciones para diputados á Cortes; pues bien, yo, ignorado y desconocido para todos, ménos para mis acreedores, me presento candidato por Madrid. Votadme: es seguro mi triunfo, y entónces todos seréis pagados como Dios manda.

—Es la única manera de cobrar que tenemos, y es necesario darles nuestros sufragios,—se dijeron los acreedores—

IV

Eduardo debía tener muchos «ingleses» porque, aunque el Gobierno le hizo una oposición ruda, triunfó por Madrid.

El joven diputado se sentó en la Cámara popular y pronunció en ella muchos discursos.

Pero aún no ha pagado á sus «electores.»

Cuando alguno de ellos le habla, suele obtener esta respuesta:

—Dentro de poco pienso ser ministro, y entonces....

V

Hoy, los acreedores de Eduardo se dividen en dos clases: unos que esperan cobrar cuando el deudor sea ministro; y otros, que desean que Eduardo no llegue á ser consejero responsable, por temor á que proponga una ley mandándoles ahorcar.

P. G.

POR VIDA DE...

Fulana del alma mía:
desde el día en que te ví
tan hermosa, prometí
decirte que te quería...
pero nunca me atreví!...

Mis muebles un día ví
cierta dama, tan limpios
que dicen que aseguró
que hay pocos tan hombreros
de su casa, como yo.

¡No he visto temor mayor!
y, francamente, temor
tan grande no me lo explicó...
¿qué chica se come á un chico
que le declara su amor?..

Por eso estoy convencido
de que no soy mal partido;
y si lo dudas quizá
pregunta á algun conocido
que te desengañará.

Ya sé que eres una alhaja,
(no he de decir yo que no!)
nadie tu valor rebaja...
pero es, que tampoco yo
soy ningún costal de paja!

Bien claramente se vé
que fué pueril mi temor
¡ya comprendo que lo fué!
yo debí, al sentir amor,
decirle: «¡la quiero á usted!»

Cierto es que mi posición
á nadie deslumbrará;
¡no me hago yo esa ilusión!
pero ya llegaré á
Jefe de Administración!

Y, entonces, usted verá
que el chico que lo decía
no era un muchacho cualquiera,
y, después, lo pensaría,
¡y puede que le quisiera!

No tengo grandes ingresos
y está bien puesta mi casa;
no soy amigo de excesos
y, lo que debo, no pasa
de unos ciento treinta pesos.

Y si hubiera congeniado
el carácter de los dos,
puede que hubiera pasado
algo bueno... y ¡sabes Dios
si hasta me hubiera casado!

P. GROIZARD.

POT-POURRI

Tenemos el gusto de manifestar á nuestros lectores que ha entrado á formar parte de la redacción del *Alegre*, el ilustrado é ingenioso escritor que firma pseudónimo *Dr. Dick*, los trabajos científicos y con los literarios que ya apreciarán los lectores.

El conocido editor de música D. Carlos S. del Valle anuncia un certamen para premiar la mejor *Marcha Triunfal* que se presente, escrita para banda militar.

Aquí hay pocos músicos.

¡Si fuera danzantes!...

La biblioteca de *El Cosmos Editorial* ha publicado *Las señoras de Croix-Mort*, novela de Jorge Ohnet.

Con decir el nombre del autor, el de la casa que publica la obra, y con añadir que la ha traducido Ochoa y Madrazo basta para que los lectores vayan á comprarla enseguida.

¡Ah!.. La novela se vende en la Agencia Editorial de Arias....

El Suizo se encuentra lleno de jente todas las noches. Las concertistas tienen mucho gancho... Hasta ahora no se dice de ellas más que tocan bien.

En dos días se ha levantado un teatro. Dicen que Carreras está que trina.

Los productos de la fábrica, de jabones la *Alegría* no pueden ser mejores.

Con ellos se puede quitar toda clase de manchas.

Hasta las del sol.

(Nota:—No decimos esto porque los fabricantes nos hayan mandado una caja de jabón).

Entre los nuevos Gobernadores, ha sido nombrado para este cargo en la Isabela nuestro amigo D. Cirilo Fernandez de la Hoz.

Este señor, nos pareció muy simpático en Madrid cuando era diputado y director del periódico *La Península*.

Casi me atrevo á apostar,
conociendo á este señor,
que hará un buen Gobernador.
(No me quisiera engañar)

Don José Arroyo y Cobo va de Gobernador á Camarines Sur.

Allí, como en todas, tendrá el Sr. Arroyo buenos amigos.

Es una persona lista
y cortés
¡Como que es
un notable periodista!

Oscar Camps es un excelente crítico musical, al decir de los inteligentes.

Sus revistas en *El Comercio*, revelan profundos conocimientos.

¡Cuántos revisteros,—no musicales precisamente—podían aprender de él....

Entre otras cosas, á no ponerse moños!

Imp. de Sta. Cruz, Carriedo, 20.

ANUNCIOS

Las Novedades

29—ESCOLTA—29.

Grandes existencias en géneros de todas clases para Señoras, Caballeros y Niños

TALLER DE CAMISERIA

Dirigido por cortador Europeo

Díaz Labandero y C.^o

TIENDA DE LOS CATALANES

CORTINAJES DE INFINIDAD DE CLASES Y PRECIOS.

GRAN SURTIDO DE GÉNEROS DE PUNTO TRAJES PARA NIÑOS.

9—Escala—9.

Echavarría, Perez y C.^o

EL SUIZO

CAFÉ, RESTAURANT Y CONFITERÍA DE

PERICÁS Y LLANOS.

Dulces, pasteles, helados, refrescos etc. Abonos al restaurant de 15, 30 y 60 papeletas.

Convites, Lunchs, Tiffins y fiambres de todas clases.

Hay elegantes gabinetes para familias.

ISLA DE MALLORCA

PANADERÍA

Ensaimadas, bizcochos cuartos y pan de todas clases.

Se recomienda por su especialidad.

FUNDICION, 1.

Ayuntamiento de Madrid

LOS MEJORES VINOS JEREZ Y MANZANILLA MARCA CASTILLO Y MUÑOZ SE VENDEN EN LA VILLA DE PARIS,

Unicos importadores.

CASTILLO HERMANO.

Estrañeza



¿De donde habrán sacado la brillante iluminación que lució el primer día la Casa-Ayuntamiento?

ANUNCIOS



INGER

Escolta, 9.

El viaje fué tan rápido que se quedó sin ropa. — (Gracias á que le dijeron que en los Catalanes se podia vestir de piés á cabeza, que sinó...)



ESCOLTA, 29
Agua de Colonia de Farina.
 Cada botella de un litro, un peso.

Chofre y C. Ayuntamiento de Madrid

Jabon de la ALEGRIA



Antes de usar el jabón

Después